

ideal» (pág. 115), supera la interpretación «subjetivista» de su teoría del conocimiento como ficción y «vuelve a darnos el gusto o el aroma helénico de un mundo realmente *simbólico*, donde cada cosa es complemento, signo o prenda de los demás» (págs. 124-125). «Kant griego» que Rubert, X. basa, por un lado, en la centralidad de la intuición y el protagonismo de la imaginación en Kant, versión del principio de plasticidad del pensamiento griego: la negativa kantiana a conceder validez científica a conceptos sin intuiciones no es otra cosa que la misma convicción de Platón de «que el conocimiento ha de empezar por la repercusión en los sentidos de la realidad externa, pero que solamente se cumple cuando a esta *aisthesis* se añade la anamnesia» (pág. 129); y, por otro lado, en la concepción por Kant del conocimiento como construcción/ficción, defensa del principio griego de limitación o mesura: el reconocimiento kantiano de la virtualidad del proceso cognoscitivo viene a ser «el establecimiento, en el nuevo territorio conquistado a la subjetividad, de las lindes bien precisas que los griegos habían establecido en el suyo» (pág. 133). Este neoclasicismo presente en la gnoseología de Kant permite entender la tesis que subyace al reconocimiento del conocimiento como ficción: «es la idea de ficción la que mantiene y representa en el mundo moderno el talante clásico —que es el reconocimiento de sus propios límites, el “modelo” filosófico de toda actitud liberal» (pág. 136), reconocer «tanto la *limitación* interna y externa del pensamiento... como su potencia liberadora y sintetizadora, crítica y constructiva» (pág. 139), a la vez que apunta el destino del pensamiento contemporáneo: «tratar de reencontrar y profundizar este neoclasicismo: de entender al mismo tiempo la *autonomía funcional* del pensamiento o la sensibilidad y su *heteronomía estructural*» (pág. 140).

José A. MARTÍNEZ MARTÍNEZ

RIEDL, Rupert: *Biología del conocimiento. Los fundamentos filogenéticos de la razón*. Trad. J. P. Acordagoicoechea. Labor, Barcelona, 1983, 252 págs.

Quizá resulte ocioso recordar cómo una antigua y no dudada suposición, la de que el mundo inmutable de la naturaleza —y el de la ciencia físico-matemática en que se apoya su descripción— deben siempre contraponerse al fluido ámbito de lo histórico-cultural, ha visto desaparecer su predominio. Desde que Darwin, Friedman, Kuhn y tantos otros propusieron sus teorías, en efecto, tendemos generalmente a considerar probado —puesto que toda clase de experiencias nos lo sugieren así— que la vida, el cosmos y la propia ciencia se encuentran sometidos a esos principios de evolución y de cambio que rigen el universo histórico. La teoría del conocimiento, situándose como se sitúa en un nivel fuertemente interdisciplinario de investigación, no podía ignorar, desde luego, el alcance que tiene esta honda transformación del rumbo intelectual. Por obra de escritores como Konrad Lorenz, Jean Piaget, Donald Campbell, Manfred Eigen o Erhard Oeser, dicha rama del saber ha querido pues replantearse sus viejas y acreditadas cuestiones —la inducción, el apriorismo cognoscitivo, la verdad— en el marco conceptual recientemente proporcionado por la biología, la neurofisiología, la psicología del aprendizaje o los estudios en torno

al comportamiento animal. Una inflexión en el rumbo interpretativo, decíamos, que ha pretendido justamente hallar respuesta a las cuestiones antes aludidas desde una consideración procesual, geneticista si se desea, de la materia que intentan poner en claro. Dentro de esta corriente Riedl, R., firmante con Robert Kaspar del libro que presentamos, gozaba ya de un sólido prestigio como investigador antes de ofrecer al público, en 1981, este auténtico *best seller* de la literatura especializada —siquiera sea en términos comparativos— donde las aportaciones de los pensadores citados se resumen, combinándose con las que pertenecen al responsable principal del texto, en una visión aceptablemente amplia del tema de la razón. No hay aquí lugar para seguir en todos sus pasos el desarrollo de dicha visión; preferimos, antes bien, recomendar la lectura directa de este escrito vigoroso y altamente terso, cuya eventual dificultad técnica se ve compensada por la inclusión, junto con las habituales notas y bibliografía, de numerosos gráficos y, coronando el edificio, un glosario explicativo de voces. Si queremos por contra delinear, aunque tan sólo sea brevemente, las líneas maestras de la posición de Riedl, toda vez que el variopinto muestrario de tópicos que contempla su entrega se ve organizado, consistente y constantemente, alrededor de una idea de enorme interés para cualquier filósofo actual: el postulado de un nuevo retorno a Kant.

Y un retorno a Kant, entiéndase bien este punto, a partir de una comprensión biologicista de la razón humana: comprensión que haga de ésta un producto más de la evolución biológica, asentada en —y parcialmente dominada por— las estructuras ante-racionales de captación y orientación adaptativa que, como muchas otras de las que nos conforman y poseemos, hemos recibido sin apelación posible de nuestros antecesores en la escala vital. Para Riedl, biólogo y discípulo entusiasta de Lorenz, no tiene por cierto contrarréplica que un análisis objetivo de la razón, de su índole, funciones y grado de fiabilidad, ha de olvidar el sueño de una fundamentación de aquélla en y por sí misma, y abrirse decididamente a la aprehensión de ese peculiar objeto como un instrumento más de supervivencia específica que, habiendo sido trabajosamente seleccionado a lo largo de millones de años de aprendizaje, codificación y transmisión de habilidades, atesora todavía en sí, para bien o para mal, la huella de esos estratos más profundos de pre-conciencia de los cuales emergió hace una mínima fracción de tiempo cósmico. El más arcaico y universalmente compartido de esos estratos es aquel que, a través del método de ensayo-y-error tan familiar en los laboratorios de psicología y etología, permitió a los organismos llegar a distinguir lo casual de lo permanente (o, en otras palabras, lo azaroso de lo necesario) en el limitado medio que compete a cada cual. Trátase ahí de un cálculo de probabilidades que no puede alcanzar nunca, evidentemente, una absoluta seguridad en sus previsiones, en la convalidación fáctica de sus expectativas previas; pero sí reducir poco a poco las expectativas opuestas a una probabilidad tan infinitesimal que, a efectos prácticos, puede ser fácilmente despreciada. Y éste es un principio de solución del dilema inductivo —Hume, Kant, Popper— que en ningún instante de la *historia rationis* encuentra obstáculo para prevalecer.

Sobre este firma «pre-juicio», sostén de toda la cadena ascensional y jerárquica que desde él se distiende hacia la autoconciencia, se levanta a renglón seguido el mecanismo —idénticamente apoyado en un tanteo computacional, en un aprendizaje adaptativo— que capacitará a los organismos para efectuar comparaciones, tanto en el sentido de unificar figuras que se le aparecen de for-

ma acentuadamente semejante, como en el de que acabe por suponerse que esas coincidencias, esas analogías en la secuencia de los procesos no-aleatorios, obedecen por su parte a la operación de una misma «causa» que indefinidamente se reitera. Con ello toma vuelo la tercera y más densa parte del texto, un recorrido a través de los cuatro géneros clásicos de causa que culmina en una crítica aceptación tanto de la causa llamada «eficiente» (aquí hermanada con la energía, la fuerza, el poder) como de una teleonomía o finalidad immanente, afin en todos sus detalles a la kantiana —sin rechazar tampoco (pág. 186) una discreta incursión por el camino que lleva hacia la concepción trascendente de la finalidad.

Hemos mencionado, al comienzo de este escueto resumen, la idea de «prejuicio». Sostiene nuestro autor, efectivamente, que en cada uno de esos escalones los organismos —movidos siempre a estos respectos por el interés supremo del orden biológico, es a saber, la conservación de sí mismos y de su especie, lo que denominamos el éxito vital— adquieren y transmiten genéticamente una suerte de «preceptores innatos» (Lorenz), de «pre-enjuiciamientos» automáticos que, si bien condicionan ineludiblemente sus reacciones ante el entorno, coartando de esa manera lo más de su espontaneidad azarosa, por otro lado se presentan como imprescindibles —en su fantástica capacidad de síntesis, en su instantaneísmo e irreflexividad— para lograr la supervivencia de su portador. La hipótesis finalística, la hipótesis de la constancia analógica (morfológica y/o causal), la hipótesis de que «hay un mundo predecible aparentemente verdadero» son, de cúspide a base, las más importantes de esas pre-captaciones heredadas de la realidad que, anteriores sin duda a la vivencia personal de cada individuo (o sea «aprióricas», en el sentido kantiano de la expresión), provienen sin embargo de la lenta maduración de una sabiduría colectiva, auto-construida y auto-integrada a la par; de modo que, de ellos, cabe tanto decir que se imponen como tales al sujeto que los encarna como que, habiendo sido seleccionados por la evolución misma, jamás podrá pensarse que sean, al decir de nuestro reseñador, más reales que el propio proceso biológico que los generó (págs. 128-29).

La postura intelectual mantenida por Riedl, nada huérfana de valedores, no carece por lo demás de proyecciones teóricas. Entre éstas, acaso conviniera destacar esa existencia que se apunta de un peligro para el hombre, como para todos los seres vivos en general, de que los esquemas racionantes innatos que se han estudiado en estas páginas se extralimiten —como por desgracia suele suceder— fuera del sector de la entidad para el cual fueron programados, degenerando entonces en simples fuentes de ilusión, error o engaño. Igualmente, la urgencia proclamada de construir un humanismo científico renovado que, sobre el presupuesto de aquel peligro, denuncie constantemente las trampas escondidas en el poder político y en la ideología social. O, por último, la llamada que se efectúa a la armónica conjugación del azar y la necesidad, el determinismo y la indeterminación, el materialismo y la espiritualidad, o el monismo y el dualismo, en fin, si es que se quiere dar cuenta cabal de la vida —ese genuino «realista hipotético» (pág. 32) que, habiendo reproducido en nosotros sus propios modelos de actuación y representación, debe ser reputado ante todo como «un proceso de adquisición de conocimiento» (Lorenz). Plausibles derivaciones «filosóficas» de una tesis nuclear —y sólo aparentemente novedosa— cuyo verdadero significado, en orden al planteamiento actual del debate epistemológico, no tendría en cambio que reducirse a aquéllas. Cumple ahora decidir al lector,

como por descontado al futuro avance científico, si concederá o no a dicha tesis ese valor de llave maestra y definitiva en la discusión gnoseológica que Kaspar y Riedl, con comprensible pero obviamente excesiva rotundidad, exigen para ella.

J. Pérez de TUDELA VELASCO

*Cuadernos salmantinos de filosofía*, n.º IX, año 1982, págs. 458.

Entre los artículos contenidos en esta revista, podemos destacar los cuatro estudios siguientes:

CORTINA ORTS, A.: *El concepto de «crítica» en la filosofía trascendental de Kant* (págs. 5-22). Configura la noción kantiana de *crítica* como un método introductorio a toda filosofía que pretenda ser científica y, a la vez que señala como el fin de la misma «fundamentar un sistema metafísico de principios y fines» (pág. 8), reduce sus conquistas a dos clases: conquistas *epistemológicas* —fundamentación de la objetividad del conocimiento científico— y conquistas *ético-teológicas* —fundamentación de la moral y de la esperanza.

ALVAREZ GÓMEZ, M.: *Revisión crítica de la metafísica en Hegel* (págs. 23-42). Esboza, a través del comentario a los párrafos 19 a 25 de la segunda edición de la *Enciclopedia*, las líneas generales de la superación hegeliana de la metafísica clásica mediante su síntesis con la filosofía crítica, subrayando tres tesis fundamentales, a saber: 1) la identificación de la Lógica y la Metafísica, al ser las formas lógicas de la subjetividad las que, en último término, confieren sentido a la objetividad misma; 2) la superación de la oposición tradicional entre lo subjetivo y lo objetivo, superación que se realiza a partir de uno de los extremos: la actividad del sujeto y, por tanto, 3) la fundamentación de la objetividad en la libertad, entendida como la actividad del yo en cuanto sujeto pensante en el que todo lo particular está negado y superado, la cual conjura el peligro de solipsismo, puesto que ella constituye la universalidad como raíz común en que los individuos se comunican.

PÉREZ DE LABORDA, A.: *Con Popper en busca de la verdad* (págs. 43-62). Interpreta la obra de Popper como una búsqueda de la verdad que no llega a su término y distingue en ella dos etapas que determina en estrecha relación con el análisis popperiano de la probabilidad. En la primera etapa, considera que la concepción de la verdad está en íntima relación con la interpretación frecuentista de la probabilidad, dando lugar a la imposibilidad de alcanzar la verdad: únicamente podemos acercarnos a ella por el camino de la verosimilitud, haciendo conjeturas y buscando errores. En la segunda etapa, la interpretación de la probabilidad como propensión añade un complemento importante a la concepción de la verdad de la primera etapa, ya que las conjeturas realizadas en el ámbito del conocimiento encuentran su paralelo en las propensiones de la realidad, lo cual hace más o menos verosímil la adecuación entre nuestro conocimiento y la realidad conocida. A partir de esta concepción, Popper elabora su teoría de los tres mundos: el mundo 1, el de las cosas materiales; el mundo 2, el de nuestros pensamientos en cuanto productos de nuestro cerebro y el mundo 3, el de los pensamientos o teorías en cuanto son verdaderos o falsos, dotado de